

ces en la escala. Vicky y Elvira subían por la escala.

Hasta cerca de las dos estuvimos de charla. Traían muy buenas noticias de Lima. Vicky y Elvira conjuntaron el plan de actividades con Mercedes y París. Antes de irse a dormir, las chicas ensayaron la misa, porque el día 12 se solemnizaría en Chimbote con una misa a bordo, a la que iban a asistir las autoridades y quien quisiera y cupiera.

Se dispuso un altar en cubierta. Treparon por la driza las tres hermanas, la rojigualda, la rojinegra, la rojiblanca, y esa dichosa sensación que sólo dan las mañanas de los domingos, o aún mejor, las festividades de misa y tropa, cubrió el barco como una gigantesca bandera. Vinieron las autoridades, subieron a bordo algunos españoles, y todos los que en Chimbote madrugaron para pillar sitio, y en torno al «Monte Ayala» había una infinidad de barquitas de todo tipo bien repletas de gentes amigas que querían oír la misa del barco español, y oír las voces de las chicas, y la charanga que habían formado los músicos. La Hostia, blanca, se alzaba en las manos del padre, y el Divino Pescador derramaba su sangre sobre las aguas de Chimbote, sobre la cubierta del «Ayala», sobre la dotación y el pasaje; y el Divino Montañero enrojecía con su sangre la nieve altísima de los Andes, la que a El ni siquiera le llegaba a las sandalias; y Cristo visitaba nuestro barco, y yo lo sentía en los camarotes y en las bodegas, junto a los pasamanos en que dormían los trajes multicolores de España, cerca de las literas, de las estampas de la Moreneta, de la Virgen del Lluch, de la Fuen-cisla, de las Angustias, de Guadalupe, del Pilar, en la cámara y en el puente, en la cocina y en el botiquín, en la fresca gamuza y en la trepidante y calurosa intimidad de las

máquinas, en el rancho de marinería y en cada una de las muchachas que se acercaban al comulgatorio, y en los ojos de todos nosotros, y en el dulce silencio de la mañana, y en el chapoteo del agua en el casco del barco, en aquél, y en las aves guaneras, que parecían desfilar, lejos, como una columna de honor, y en las voces rotas de las chicas, que cantaron peor que nunca, que no dieron pie con bola en ninguna de las partes de la misa, ni en el Credo, ni en el Gloria, ni en el Amén final, ni en la Salve, porque desde el punto de vista coral aquella misa fué la Noche Triste de la S. F., y «Musiquita» casi lloraba de rabia —pero en aquella celeste rabia también podía estar Cristo—, y a veces me miraba aguantando la risa, y en aquella risa también podía estar Cristo. Era hermoso ver cómo la campanilla del acólito Carmelo daba la paz, cómo en muchos ojos asomaban las lágrimas, porque la charanga de los músicos les traía España al corazón, la misma España que no había enviado barcos a Chimbote desde el tiempo de los veleros.

Bueno, el día fué un jubileo constante, porque todo el pueblo desfiló por el barco, y se bebía manzanilla, y todos entablaban diálogo con Hidalgo, y le preguntaban por tal o cuál marca de coñac, o por éste o el otro tipo de Jerez, o por la viña fulano o mengano, con la apasionada delicadeza de quien demanda noticias de un pariente queridísimo y muy distante. Me da la impresión de que todos tuvieron su parte de novedades. Como hubo ensayo, porque para la noble exigencia de París siempre les faltaba un punto a los grupos, la gente de Chimbote no lo pasó nada de mal escuchando gaitas y guitarras, chistus y tamboriles, y viendo cómo las chicas, aunque de paisano, danzaban con arreglo al protocolo romero.